

¿Cómo es que el pueblo, en cuyo nombre se pide la reduccion de los dias festivos, siempre ha juzgado que no habia bastantes? ¿Cómo es que donde la reduccion se ha hecho legítimamente por un concordato como en Francia, han necesitado muchos años las dos potestades para obtener la sumision á la ley? Nosotros tenemos, en efecto, relaciones de la policia, que justifican en una multitud de localidades (á pesar de las medidas tomadas por los obispos y los prefectos, por los curas y los mayres), que el pueblo forzaba la mano á los sacerdotes, y los obligaba con amenazas á volver á la antigua religion; sin embargo, era entonces muy conocida la voluntad del papa, y ademas la espada de Napoleon. Los que han estudiado la historia del culto católico, saben muy bien, que mas de la mitad de nuestras fiestas son de mandamiento popular, y que ellas de hecho se han guardado mucho tiempo antes de serlo por derecho.

¿Por qué esto? ¡Ah! Es porque un pueblo católico tiene la conciencia instintiva de dos grandes verdades. Primera, el tiempo consagrado á la cultura religiosa de las almas, aprovecha mucho mas á la cultura de los campos y al buen empleo de las riquezas. Segunda, á medida que un pueblo cristiano se civiliza y progresa en las artes, él puede disminuir moderadamente los trabajos materiales sin perjudicar su bienestar. No emprende-

ré desarrollar estas dos verdades, porque ya lo he hecho en otra parte ¹, y que las dejo explotar á vuestro buen sentido. ¿Cómo sucede, pues, que en todas partes se pide el aumento de los dias de trabajo? Ved aquí la razon muy palpable.

Quando por el enflaquecimiento de la creencia católica, la que únicamente puede hacer aceptar el trabajo á todos y poner límites á la sed del oro y de los placeres, el número de los ociosos, de los avaros y de los voluptuosos ha crecido sin medida: cuando por el desbordamiento desenfrenado del lujo, una grande parte de los trabajadores es distraida de los trabajos nutritivos del pueblo para ser ocupada en la satisfaccion de las necesidades facticias, ó de los trabajos manufactureros lucrativos solo para el dueño: cuando por el sistema de la centralizacion administrativa, el Estado ha venido á ser una colmena en la que las abejas que no hacen mas que comer y zumbiar, casi igualan á las que hacen miel, es de toda necesidad que el pueblo trabaje los seis dias de la semana, una buena parte de la noche y aun el domingo, porque el hambre está en el pais y el paisano no puede pagar sus pensiones.

Hé aquí, amigos míos, lo que vosotros ganais con el abatimiento del clero, que es vuestro único escudo contra las tendencias opresivas de las

¹ La ciencia de la vida, tom. 2º

diez y ocho horas, para ganar treinta y cinco céntimos, ¿se puede temer que falten máquinas para el trabajo?

En un Estado en donde, gracias á la influencia del sacerdocio católico, el espíritu cristiano es todavía bastante poderoso, no sucede lo mismo. Allí el especulador faltó de compasión, no tendrá el permiso de amontonar en sus talleres infectos, millares de individuos de los dos sexos la mayor parte jóvenes, para extraer de ellos el oro: allí los tñantes de vestido fino, que guardan como de fiesta los trescientos sesenta y cinco días del año y que ladran contra los días de fiesta, no son ni bastante numerosos, ni bastante considerados para llegar á ser hombres de Estado: allí se guardan mucho de confiar el rango de legislador á los que viven del muy grande número de leyes y de la ignorancia en que el pueblo está de la materia de estas leyes: allí el gobierno es bastante sabio para limitarse á hacer solamente lo que los ciudadanos, los pueblos y las provincias no pueden hacer, y él no aumenta á las cargas del tesoro un ejército de oficinas que devoran la mitad de las rentas públicas, para arrebatár al pueblo su fé, sus costumbres y todas sus libertades. ¿Qué resulta de este estado de cosas, mis amigos? Resulta un bienestar general. Como lo dice uno de nuestros proverbios: "cuando todos quieren sujetarse un poco, ninguno es gloton." Trabajando cada uno mas ó

En efecto, los esclavos pertenecian á sus señores que eran interesados en conservar estas máquinas que ellos no podian reemplazar sino con grandes gastos, mientras que el manufacturero inglés no tiene mas embarazo que el de elegir entre esta poblacion obrera, que el hambre pone á su discrecion. El prefiere naturalmente las máquinas que le prometen mas trabajo y menos gasto, y usa y abusa de ellas segun su buen placer, y tan luego como se descomponen las arroja al suelo y toma otras. Cuándo la sola capital ofrece cincuenta mil mujeres jóvenes, que se ofrecen á trabajar

diez y ocho horas, para ganar treinta y cinco céntimos, ¿se puede temer que falten máquinas para el trabajo?

En un Estado en donde, gracias á la influencia del sacerdocio católico, el espíritu cristiano es todavía bastante poderoso, no sucede lo mismo. Allí el especulador faltó de compasión, no tendrá el permiso de amontonar en sus talleres infectos, millares de individuos de los dos sexos la mayor parte jóvenes, para extraer de ellos el oro: allí los tñantes de vestido fino, que guardan como de fiesta los trescientos sesenta y cinco días del año y que ladran contra los días de fiesta, no son ni bastante numerosos, ni bastante considerados para llegar á ser hombres de Estado: allí se guardan mucho de confiar el rango de legislador á los que viven del muy grande número de leyes y de la ignorancia en que el pueblo está de la materia de estas leyes: allí el gobierno es bastante sabio para limitarse á hacer solamente lo que los ciudadanos, los pueblos y las provincias no pueden hacer, y él no aumenta á las cargas del tesoro un ejército de oficinas que devoran la mitad de las rentas públicas, para arrebatár al pueblo su fé, sus costumbres y todas sus libertades. ¿Qué resulta de este estado de cosas, mis amigos? Resulta un bienestar general. Como lo dice uno de nuestros proverbios: "cuando todos quieren sujetarse un poco, ninguno es gloton." Trabajando cada uno mas ó

menos útilmente, y pudiendo gozar del fruto de su trabajo, el pueblo tiene lugar de respirar, y de refrigerar con alguna mas frecuencia su alma elevándola hácia Dios. Si hay esceso en los dias festivos religiosos, el clero que es por principios enemigo del esceso, y para el cual, por otra parte, las fiestas son gravosas, en beneficio de los demas se presta voluntariamente á las reformas hechas por la autoridad competente.

Este era el caso de los Estados sardos. Supuesto que el concordato concluido recientemente con la Santa Sede por el gobierno sardo, no hubo remediado suficientemente á los abusos de que se podia quejar, nada impedia suplir esta falta por un tratado nuevo. Pero esto de ninguna manera convenia á los gefes del gabinete inglés, ni á su aliado Massini, ni á los legistas piemonteses investidos por el estatuto constitucional de la omnipotencia parlamentaria. Los nobles Lords Russell y Palmerston, desconsolados por ver apagarse el incendio que ellos soplaban en Italia hacia tres años, tenian que encenderlo de nuevo. Massini, poco satisfecho con los cuarenta ó cincuenta millones robados en Roma, estaba muy contento de continuar su oficio y de hacer crecer sus bandos en el Piamonte. Estos altos personajes dijeron, pues, á los ministros piemonteses: "Si vosotros queréis que os ayudemos á resucitar el reino de la Italia, muy comprometido por vuestra calaverada de No-

vara, apresuraos á romper con el papa, aprisionad á los obispos y á los sacerdotes, y dejad á la prensa protestantizar el pais, arruinando todo respeto á la religion y á las costumbres. ¡Bravo! ¡bravo! gritaron luego todos los legistas vientres vacíos de todo el pais, reforzados por todos los vientres vacíos de Italia: "ya es muy largo tiempo que los sacerdotes nos hacen vivir bajo las leyes déspoticas de Dios y de su Iglesia: probémosles que hay una ley superior á todas las leyes, la ley del Estado, cuando somos nosotros quienes la hacemos."

¿Qué resultará de un tal sistema para los Estados Sardos, compuestos de piezas tan distintas, que no pueden estar sólidamente unidas mas que por el cimiento religioso y la constante sabiduría de un gobierno imparcial? No hay quien no lo vea, á escepcion de los ciegos que trabajan en destruir la obra de la religion, y de una de las mas ilustres casas soberanas. Por lo demas, no hay allí, mis amigos, mas que un pequeño incidente en el gran proceso que se ventila en Europa entre el catolicismo que dice: "Los grandes y los pequeños, los fuertes y los débiles, todos son propiedad de Dios y de Jesucristo, y todos deben una igual sumision á su ley;" y los partidos anticatólicos, que todos de una manera y de otra, dicen: "La tierra con sus bienes y sus habitantes, está entregada á los mas hábiles y á los mas fuertes." Señalado para ver en las generaciones pre-

cedentes, este proceso debe estar terminado antes del fin de este siglo, como lo decía yo en la última lección del Despertador del pueblo.

Como este proceso os interesa demasiado, y en él se trata de saber, si vosotros y vuestros hijos viviréis bajo la ley civilizadora del catolicismo, ó bajo la ley embrutecedora de los puercos y de los tigres, importa que yo os ponga á la vista las diversas faces del proceso, y que os señale los principales autores del terrible embrollo de donde no podremos salir, sino por el camino de Roma, ó el del sepulcro. Esto es lo que me propongo hacer en el entretenimiento siguiente.

cedentes, este proceso debe estar terminado antes del fin de este siglo, como lo decía yo en la última lección del Despertador del pueblo. Como este proceso os interesa demasiado, y en él se trata de saber, si vosotros y vuestros hijos viviréis bajo la ley civilizadora del catolicismo, ó bajo la ley embrutecedora de los puercos y de los tigres, importa que yo os ponga á la vista las diversas faces del proceso, y que os señale los principales autores del terrible embrollo de donde no podremos salir, sino por el camino de Roma, ó el del sepulcro. Esto es lo que me propongo hacer en el entretenimiento siguiente.

ENTRETENIMIENTO VEINTICUATRO.

Trabajo de la Europa moderna para secularizarlo todo. Quiénes han sido los empresarios de esta grande obra, y lo que ellos han ganado.

“Secularizar lo temporal de la Iglesia, secularizar la enseñanza de la juventud, secularizar la beneficencia pública, es el espíritu moderno,” decía últimamente en la tribuna un ministro muy pancista del gobierno belga: él decía una grande verdad.

Secularizar lo temporal de la Iglesia, esto es decir, borrar á la Iglesia del catálogo de los propietarios, para ponerla al cargo del pueblo y bajo la mano del gobierno: secularizar la enseñanza y beneficencia pública, esto es decir, quitar á la religion el alma y corazon de la juventud y de